

Mi diario de a bordo

Recuerdo que entré a formar parte de la tripulación a principios de septiembre, aunque mi bautizo fue unos días después en un íntimo ritual. Casi todo estaba listo para empezar el viaje, pero aún faltaban algunos cabos por atar. La tripulación estaba casi al completo. En esos días solo estábamos Lara y yo que empezaba un nuevo periplo a bordo de un velero sin igual: Oakao. Su nombre estaba grabado en el casco de madera por un maestro tallerista llamado Carlos. Un cautivador personaje de trato amable y sincero que, en nuestros encuentros esporádicos marcados por el trajín diario, me transportaba a otros mundos sólo con el habla y sus piezas de fina artesanía.

En cubierta el movimiento era constante ultimando los preparativos para emprender un nuevo viaje de diez meses. La tripulación estaba formada por la experta Obeg, una loba de mar que había surcado los mares del uno al otro confín; por el corpulento Pablo Croles, que cuando zambullía su enorme cuerpo y se desplazaba uno entendía el origen de su apellido; por la intrépida Lara C.; una mujer de energía desbordante. Eso sí, con dificultad para soportar una guardia de noche. Siempre me quedó la intriga de saber qué se escondía detrás de esa "C". ¿Quizás Toby Gard tuviera la culpa? Y yo, con mis dudas, mis achaques lumbares y un reto que se abría ante mí.

A mediados de septiembre zarpamos con rumbo a Growth Island. Teníamos grandes planes, ilusionantes proyectos y desafíos que hacer frente. La navegación, en las semanas posteriores, transcurrió sin demasiados sobresaltos. De repente, sin previo aviso, el cielo se oscureció y la luz se perdió detrás de unas inmensas nubes que amenazaban tormenta. Estas alteraciones en el mar a veces se sucedían de forma brusca y violenta, a veces se veían venir de lejos, a veces eran un pequeño aviso de lo que tenían que acontecer y otras solo eran un bluf pero nunca tuvimos que afrontar algo semejante.

Fueron unos días de frenéticos *compartires* constantes para encontrar el mejor trayecto de todos los posibles. Itinerarios en la inmensidad del mar. Nos encontrábamos inmersos en un viaje donde las predicciones no eran nada fiables. Por momentos me sentía como un marinero de agua dulce en medio de una gran tormenta intentando controlar la parte de mi embarcación asignada y aportando, como una más y con todo lo nuestro, allí donde se requería más energía. *Aprendiendo a navegar en un océano de incertidumbres a través de archipiélagos de certeza**. Trazando, en lo posible, hacia dónde navegar y cómo hacerlo. Marcando los lugares por los que no queríamos cruzar, por los que sería arriesgado aventurarnos y por los que estaríamos dispuestos a pasar. Planificando basándonos en la experiencia de los tripulantes, administrando todos los datos posibles y asesorándonos en la distancia.

Lo recuerdo en el cuerpo. Las primeras olas fueron suaves, pero a medida que iban avanzando, desde miles de millas mar adentro por la superficie del mar, iban creciendo en tamaño y fuerza. Algunas rompían a lo lejos y otras las atacábamos con gran maestría, pero con la incertidumbre por compañera. En caso de no hacerlo aumentaría la probabilidad de provocar una peligrosa escora. Esos segundos, en el periodo de oleaje, eran largos muy largos. Los recuerdo eternos. La fatiga iba haciendo mella, calando hondo hasta lo más profundo. Hubo desánimo y desazón y días, los más, de sabernos cobijados y de hermandad. Donde la energía grupal sacaba el potencial de nuestras fortalezas que emergía de lo más profundo en el preciso instante de necesidad. Viento favorable para nuestras velas.

Después de la tormenta llega la calma y esos pequeños islotes de calma, de atisbos de luz y pequeñas certezas, nos aportaban bocanadas de aire fresco en medio de un clima hostil. A

medida que pasaban los días nos íbamos adaptando a la incertidumbre del tiempo cambiante donde ya no servían las predicciones. Aprendiendo a cada milla dada. *Controlando lo controlable. No todo. Sólo aquello que dependía de nosotros.*

Un día, dos días, tres días de respiro. Nos dedicamos este tiempo para estar bien con nosotras mismas. Para cuidarnos mientras los trayectos siguen su curso. Nosotras, aquí y ahora en nuestro islote, desde un reencuadre positivo miramos las cosas desde otra perspectiva.

El viaje aún continúa y nosotras con ganas de afrontarlo, aunque la incertidumbre sale en todos los mapas. Cada vez se vislumbran más islotes en lontananza.

Gracias, socias, por todo lo vivido.

De viaje a Growth Island, 11 de junio de 2020.